

*Un  
mundo sin  
ideas*

Autor: El cactus de tus sueños

## PRÓLOGO

Cuando aquella bochornosa mañana de verano despertó, supo que necesitaba huir. Escapar de aquello que llamaban vida y olvidar.

Lo había visto prácticamente todo: extinciones, el nacimiento de nuevas civilizaciones y las guerras que las destruyeron, amor y odio; incluso aquello que los humanos llaman paz. Pero llegados a aquel punto, nada le servía, ni el más asombroso acontecimiento.

Una vida larga está bien, pero una vida casi eterna, llega a cansar. Desde su nacimiento, no había hecho más que ir de aquí para allá, siempre llamada por las mentes que evocan a las musas para pedirles ayuda en sus creaciones, como me hallo yo en este preciso instante, y aunque en su naturaleza se encontraba el carácter servicial, llevar a cabo semejante tarea durante eones, llega a agotar incluso al alma más tenaz.

De modo que no tenía otra opción. Tenía que abandonar todo aquello que una vez amó, huir lejos y encontrar un sitio en el que ser feliz, o al menos un lugar en el que pudiera olvidar toda la rabia que había ido conteniendo a lo largo de los años. Le daba igual el destino que corriese la humanidad sin su ayuda. Ya nada le importaba. Había sido utilizada durante toda su vida, sin ni el más mínimo reconocimiento, y ahora era el momento de empezar a vivirla. No sabía cómo iba a llevar a cabo su descabellada idea, necesitaba planear hasta el último detalle, porque no le iba a resultar fácil; y menos teniendo en cuenta que sus padres, Gea y Urano, eran los dioses de la tierra y el cielo respectivamente. Era una idea completamente kamikaze, un suicidio, pero no podía seguir cumpliendo con su cometido durante más tiempo. Simplemente, no podía. Necesitaba ser libre, soltarse de las ataduras

que la habían acompañado desde su nacimiento y volver a respirar. Abandonar esa sensación de agobio que la llevaba persiguiendo desde hacía tantísimo tiempo. Ella sólo quería una cosa: ser feliz.

El mayor problema era cómo huir de sus padres, cosa que no era ni mucho menos fácil. Sin embargo sabía que sería capaz de ingeniárselas. Algo se le ocurriría.

Después de todo ella era Meletea, la musa del conocimiento.

## APOLO

Apolo era un adolescente alto, de liso cabello castaño, ojos verdes y constitución fuerte. Desde niño había estado muy interesado en la lectura, especialmente en todo lo referente a mitología griega. Le apasionaba el mundo olímpico, y ello le había llevado a visitar museos y bibliotecas en busca de información, y teniendo en cuenta que vivía en Atenas, no le resultaba difícil. Por ello siempre le habían tachado de “bicho raro”, por tener aficiones distintas a las del resto de gente de su edad, por no limitarse a seguir lo que el resto hacía. Pero a él eso le daba igual, él disfrutaba sumergiéndose en las misteriosas historias de las antiguas deidades, que le acompañaban allá donde fuese.

En particular, sentía predilección por las profecías. Palabras de viejos augures que vaticinaban hechos futuros, obra de los antojadizos dioses. Fantaseaba con ser algún día uno de aquellos héroes que protagonizaban una de esas historias, y por fin darles el final que aquellos que las iniciaron no les otorgaron. Salvar el mundo de una terrible catástrofe y ser convertido en semidiós por Zeus. Pero claro, eso era fantasear demasiado, y él prefería tener los pies en la tierra; ser realista para evitarse decepciones.

De este modo, indagando acerca de las premoniciones de los antiguos griegos una tarde de verano, en una antigua librería de unos amigos de su madre, descubrió una de aquellas profecías que tanto le gustaban. Hablaba de que un día, una musa cansada de su vida, huiría del Olimpo, y que de este modo, los humanos quedarían faltos del don que ésta concedía: el conocimiento. Rápidamente quedó inmerso en la lectura, y no dio descanso a sus ojos hasta que hubo terminado.

Apolo estaba encantado por su descubrimiento. Nunca había oído hablar de aquella historia, y en seguida se puso a investigar acerca de aquellos de quienes hablaba. La protagonista era una “chica”, una musa que buscaba ser libre después de años siendo infeliz. Sin embargo, si ella conseguía escapar, la completa humanidad quedaría desamparada sin su ayuda.

El muchacho se interesó por lo curioso que era el relato, y pasó los días siguientes buscando información sobre aquella misteriosa fugitiva que le dejó cautivado desde el primer instante.

El hecho de que se contrapusieran dos cosas tan distintas como la propia libertad y el bien común, resultaba, como poco, intrigante. ¿Qué acabaría haciendo la musa? ¿Huiría para ser feliz o continuaría su triste existencia por el bien común?

Apolo no sabía qué hacer. La libertad es algo demasiado valioso como para dejarlo escapar fácilmente. Sin embargo, que eso supusiera el exterminio de toda una especie era perturbador. De esta forma, el chico tuvo la idea rondándole la cabeza durante semanas, y le atormentaba el hecho de no saber qué elegir.

“Quizá sea una decisión demasiado dura para alguien tan joven como yo”, se decía constantemente.

Aun así, pasado un tiempo y el chico hubo olvidado aquella antigua profecía, y ya no le volvieron a asaltar aquellas tortuosas dudas. Ni lo volverían a hacer.

O eso esperaba.

## MELETEA

Había pasado poco más de un mes desde que se dio cuenta de que necesitaba dar un giro a su vida. Cambiar cómo había vivido durante los últimos miles de años y empezar a disfrutar, puesto que se veía incapaz de seguir desempeñando durante mucho más tiempo la tarea para la que había sido creada.

Le llevó varias noches en vela llegar a atisbar un pequeño rayo de esperanza en su desesperanzada huida, ya que no le resultaría, ni mucho menos fácil evadir a prácticamente todos los dioses olímpicos.

Todo lo que necesitaba era encontrar al monstruo adecuado del humor adecuado. Y mucha suerte. Casi la plenitud de su plan se basaba en la fortuna, y teniendo en cuenta que nunca le había sido notablemente favorable, era hora de que jugara a su favor, o como mínimo, no en su contra.

Sólo había algo que la frenaba a la hora de dar inicio a su plan. Sin ella, los humanos estarían perdidos. No eran una especie verdaderamente preparada para la supervivencia. Lo único que les había salvado durante tanto tiempo era aquello que llamaban inteligencia. Por lo menos, era lo que ellos querían creer. De nada les serviría esa capacidad si determinada musa se esfumase de la faz de la tierra (o del Olimpo, más bien).

Por eso mismo, por haber sido su ángel de la guarda durante tantos años, había llegado a encariñarse de ellos. En cierto modo, eran los niños que habían estado a su cargo desde su propio nacimiento, y gracias a ellos había experimentado sentimientos como la felicidad o la emoción. Sentimientos que habían desaparecido tiempo atrás. Sentimientos que añoraba con todo su ser. Sentimientos que deseaba volvieran.

Aun así, aunque aquello que sintió ahora brillaba por su ausencia, una vez había sido real, y no era fácil olvidarlo.

Sí, los humanos ni siquiera sabían de su existencia, y ya no le llenaba ayudarlos, pero no resultaba fácil quienes has cuidado durante toda tu vida de buenas a primeras.

¿Su felicidad o la permanencia en la vida de muchos? No era una decisión que se tomara de la noche a la mañana, y no podía contar con nadie que le ayudase a decidir qué hacer. En eso estaba completamente sola. Como en tantas otras cosas.

Podría pedir ayuda a sus hermanas, pero ellas no la comprenderían. Eran musas felices, sin ningún problema, que iban y venían a su completo antojo, puesto que pocos las invocaban. No, sin duda la repudiarían. Era ella la que tenía que tomar aquella decisión.

## APOLO

Aquella noche tuvo un sueño muy extraño. Aunque en su mayoría eran fragmentos borrosos, recordaba que en él aparecía una chica poco mayor que él. Era muy guapa: ojos verdes, pelo claro y de corta estatura. Sin embargo, pese a su tamaño, imponía respeto y aquellos profundos ojos hierba emanaban algo que el chico no supo clasificar. Quizá fuese sabiduría, quizá rabia contenida. Quizá una mezcla de ambas.

La misteriosa mujer estaba atrapada en una jaula y luchaba por escapar con todas sus fuerzas, desgañitándose por romper aquello que la apresaba. No obstante había algo que la retenía, una fuerza misteriosa que hacía dudar a la chica con cada golpe que intentaba asestar a su prisión. Ella le pedía ayuda, pero Apolo estaba paralizado por el pavor, demasiado asustado como para mover un solo músculo. Quería ayudar a aquella chica, pero había algo que se lo impedía. Un quiero pero no puedo que le llevó a permanecer inmóvil hasta que la jaula y su angustiada prisionera se esfumaron sin dejar más rastro que una estela de lamentos de la cautiva.

Por ello, cuando Apolo despertó, tenía el corazón en un puño. Sabía que era una tontería, pero se había tomado muy en serio lo ocurrido en el sueño. Se sentía un completo cobarde. Podría haber ayudado a la muchacha, liberarla para que huyera de aquello que la retenía y, en cambio, no lo había hecho. Se había quedado como una piedra, paralizado por el miedo y únicamente mirando mientras aquella chica luchaba con todas sus fuerzas por ser libre mientras algo le obligaba a permanecer dentro de la jaula.



Entonces volvió a pensar en aquella profecía en la que una musa buscaba la libertad. Quizá tuviera algo que ver, quizá sólo se tratase de que, de alguna forma, aquella historia había vuelto a su mente de manera involuntaria.

De todos modos, Apolo no se sentía bien con lo que en su sueño había ocurrido, y decidió que necesitaba pasar el día en un lugar tranquilo, en un sitio en el que pudiera pensar calmadamente sobre lo que había soñado. Quería despejar la mente y volar a su Olimpo personal, evadirse del mundo y calmar aquello que se había alterado en su interior.

Por todo ello decidió ir a donde acudía siempre que se sentía así. Un lugar antiguo, casi tanto como la propia ciudad. Allí se calmaría y todo volvería a la normalidad. Eso esperaba, necesitaba abandonar esa angustia que lo perseguía desde que se había despertado.

Así, decidido como el que más, puso en una mochila algo de comida para almorzar y, tras despedirse de su madre, se dirigió al antiguo cementerio griego de Atenas. Al Cerámico.

## MELETEA

Le había llevado tiempo, pero Meletea ya tenía claro qué iba a hacer. Dejaría atrás el que una vez fue su hogar, aquello que hace mucho tiempo amó, para recuperar su vida, para ser libre. Para ser feliz.

No podía evitar culparse por lo que iba a hacer. Estaba dejando desamparada a toda la humanidad. Sin embargo había algo que le obligaba a dar el paso definitivo, un sentimiento que había aflorado días atrás en lo más profundo de su ser, y que había calado hondo en ella, hasta el punto de hacerle sentir una completa idiota por seguir allí donde estaba. Sentía que los humanos no moverían un dedo por ella, que si ella estuviera a punto de desaparecer no correrían a salvarla, pese a todo lo que ella había hecho por ellos. Pese a haberles dedicado toda una eternidad. Estaba llena de furia y rencor e iba a explotar de un momento a otro.

Lo que más le costó, una vez se hubo decidido a escapar, fue averiguar a dónde iba a ir. Sus padres eran Gea y Urano, veían todo aquello que los rodeaba, y ella se incluía en ese amplio campo. Aunque fueran dioses viejos que pasaban la mayor parte del tiempo sumidos en un profundo letargo, se percatarían de la fuga de la musa. Siempre habían sido unos padres controladores, y dudaba de que esta vez hicieran una excepción, y menos teniendo en cuenta que no le guardaban especial cariño a su hija. Otro de los puntos que se sumaban a la larga lista de cosas que habían amargado la larga y triste vida de Meletea y que le habían llevado a querer despedirse de ella.

Tenía que actuar rápido, no darles tiempo a reaccionar y huir de sus dominios. Por eso había decidido tomar esa ruta. Un camino lleno de peligros, pero exiguo del poder controlador de sus progenitores.

Sí, era muy fácil que cualquier criatura terminara con ella antes de que llegara a su destino, pero necesitaba intentarlo. Así, al menos, se sentiría viva aunque fueran los últimos momentos de su vida, y eso era mucho más de lo que hubiera esperado hacía un tiempo.

De este modo, con las cosas claras, se dispuso a marchar hacia su salvación. O su perdición. Pronto lo sabría.

Lo primero que haría sería reclamar un pequeño favor a cierto can al que una vez había salvado el pellejo. Para encontrarlo sólo tenía que acudir a un lugar que rezumara muerte, y puesto que se encontraba en Atenas, lo tenía fácil.

Ya estaba todo listo, y no iba a dar un paso atrás. Para bien o para mal, sabía lo que quería, así que partió.

Unas horas después se encontraba en el Cerámico.

## APOLO

Apolo había llegado al antiguo cementerio al mediodía y había comido allí, en compañía de los antiguos habitantes de su ciudad.

Aunque estaba más relajado que cuando había salido de su casa aquella mañana, seguía estando inquieto. Había algo en su interior que le decía que algo malo iba a pasar. Al principio no le dio importancia, pero aquella vocecilla había ido creciendo, y ahora el chico estaba muy nervioso. Sin embargo, estaba decidido a pasar el día allí. Quería liberar tensiones y calmarse, olvidar el angustioso sueño que lo había despertado.

El cálido sol inundaba todo el Cerámico, y puesto que Apolo no era un gran aficionado al calor, decidió buscar una sombra en la que refugiarse un rato. Eso le llevó a dar varias vueltas, puesto que ahí los árboles escaseaban.

Por fin encontró un pequeño olivo bajo el que se sentó a dibujar. Esa era otra de sus pasiones. Había empezado hacía unos años, acudiendo a clases de dibujo un par de veces a la semana, y ahora sacaba su lápiz siempre que tenía ocasión. Así, con el paso de los años su habitación se había convertido en su galería personal de arte. En particular le encantaba dibujar retratos, y aunque no se consideraba ningún virtuoso del arte, buscaba superarse cada vez a sí mismo.

De este modo empezó a dibujar, sin ser plenamente consciente de ello, a la chica con la que aquella noche había soñado. Empezó dibujando a una persona cualquiera, pero poco a poco, según el dibujo tomaba forma, se dio cuenta que era ella. Sin embargo le restó importancia y siguió adelante. Pasada una hora, ya casi había terminado su dibujo. Y cuando acabó con los últimos detalles, cayó dormido.

En cuestión de minutos la somnolencia se había apoderado de su cuerpo, y el cálido día no le había ayudado a mantenerse despierto.

Cuando abrió los ojos el sol ya se estaba poniendo, y una vez se hubo despejado cayó en la cuenta de que se encontraba lejos de casa, así que emprendió el camino de vuelta con presteza.

Le extrañó no cruzarse con nadie. Generalmente a esas horas seguían quedando turistas aprovechando los últimos minutos de luz para echar un rápido vistazo.

Ya estaba llegando a la salida cuando se topó con una chica que no tendría muchos años más que él, estaba delante de uno de los monumentos funerarios, ensimismada. Juraría que la había visto en algún sitio. No sabía dónde ni cuándo, pero algo le decía que tenía que saber quién era.

Una idea descabellada se le pasó por la menta y entonces todo se desvaneció.

## MELETEA

Lo primero que había hecho al llegar al Cerámico fue ahuyentar a la gente que allí había. No le resultó difícil. Se metió en sus mentes, y repentinamente, todos tenían que ir no sabían dónde a hacer no sabían qué. En cuestión de minutos aquello estaba desierto, así que se dirigió hacia un sepulcro. Uno en concreto.

Desconocía dónde se encontraba, pero estaba segura de que en la parte superior de éste había un lobo. Comenzó a caminar a lo largo de la antigua necrópolis y por fin dio con aquello que andaba buscando. Lo vio a lo lejos, destacando por su altura, y se dirigió hacia él, como si de ello dependiera su vida. Y de hecho, de ello dependía.

En seguida llegó a su base. Era impresionante. Sin embargo no se quedó quieta. Tenía que darse prisa y actuar.

Tomo aire, respiró pausadamente, y comenzó a entonar un antiguo cántico.

“Cerbero, can del inframundo, acude a esta llamada para saldar el favor que por mi ayuda en el pasado me debes, y de este modo concédeme el privilegio de entrar la casa de la muerte para poder liberarme de las ataduras que me apresan, quedando así tu deuda olvidada”

Una voz sonó en la cabeza de la musa.

“Musa Meletea, hija de Gea y Urano: he de advertirte, antes de permitirte entrar en el Hades, de la multitud de males que lo asolan, mas si ese es tu deseo, el de abandonar esa vida para sumergirte en el inframundo, tu petición será escuchada y de ese modo quedaré exiguo de toda obediencia hacia ti. No obstante, si tu voluntad se ve afectada y decides que quieres regresar, te será posible antes de que el día de

hoy acabe. De este modo, yo, Cerbero, te abro las puertas hacia la casa de la muerte.”

Tras escuchar esas palabras, la musa se vio arrastrada por un remolino que la hundi6o hacia lo m6as profundo de la tierra. Se dirigi6a a la libertad, y de momento nadie habi6a intentado frenarla.

Cuando el torbellino ces6o, pudo ver lo que le rodeaba. Era una vasta tierra negra, salpicada por el fuego. Una visi6n desoladora que, sin embargo, no consigui6o mermar los 6nimos de Meletea.

Ahora buscar6a a Caronte para que la llevara hacia los Campos El6seos, donde descansar6a hasta el fin de los d6as.

Se dispuso a partir. No sab6a muy bien hacia d6nde dirigirse, ten6a que buscar un r6o. El Aqueronte, para ser exactos. As6i que decidi6o ir hacia abajo. Despu6es de todo, el agua flu6a en esa direcci6n.

Dio el primer paso y tropez6o con algo que la hizo caer al suelo. Cuando se levant6o, confusa, mir6o aquello con lo que hab6a chocado.

Era un muchacho. No tendr6a m6as de dieciseis a6os.

## APOLO

Cuando despertó, a Apolo todo le daba vueltas. Se sentía como si hubiera estado horas dando vueltas dentro de una lavadora. Veía borroso y no distinguía lo que había a su alrededor.

Lo primero que le vino a la mente al recuperar la conciencia fue “¿qué ha pasado?”.

Lo último que recordaba era que se había cruzado con aquella chica cuando se estaba yendo del Cerámico. Aquella chica... que se parecía a la que había aparecido en su sueño y le había causado aquel malestar.

Supuso que todo habría sido una mala pasada de su imaginación, y que se habría mareado de la impresión que le había causado la visión. Eso esperaba. De modo que aguardó pacientemente a recuperar completamente la conciencia para ubicarse y volver a casa.

Poco a poco fue viendo mejor, hasta que ya no tuvo ningún problema. O al menos ninguno relacionado con su vista, porque el panorama que ahora podía ver era desolador.

Ante él se alzaba un terreno irregular, salpicado de elevadas colinas de negra roca, que rezumaban muerte como el más tenebroso cementerio. El cielo era de un color rojizo negruzco que recordaba al fuego, o quizá a la lava, y no había rastro de vida a su alrededor.

En definitiva, era una visión espeluznante, propia de una película de terror, pero que sin embargo parecía demasiado real como para tratarse de un burdo montaje.

Apolo no sabía cómo reaccionar. Dudaba entre quedarse donde estaba o moverse. Quizá todo aquello fuera un sueño, pero era demasiado... material como para que



de ello se tratase. Simplemente, no sabía dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí. Estaba perdido, y dudaba de que nadie lograra encontrarlo. Algo le decía que no estaba precisamente cerca de casa.

Tras pensarlo, decidió inspeccionar un poco el terreno para cerciorarse de que allí todo era igual, aunque con la esperanza de encontrar una salida de aquel lúgubre lugar. A pocos metros de él había una roca. No mediría más de dos metros, así que podría subirse a ella para otear lo que había a su alrededor.

Se acercó a ella y, a duras penas, se encaramó a ella. Como se temía, no había nada distinto por allí distinto a lo que ya había visto.

Por pura casualidad, bajó la cabeza para ver lo que había al otro lado de la roca, en la parte que aún no había visto.

Allí había una chica, y definitivamente era la que había aparecido en su sueño. Lo miraba con enfado, como si fuera un lastre para ella.

Lo único que a Apolo se le ocurrió fue gritar.

## MELETEA

“Genial”, pensó Meletea cuando aquel chico apareció encima de la roca y soltó un berrido, “Además de traerme un humano al Hades, ha sobrevivido al viaje. Justo lo que me hacía falta.”

Cuando había visto al muchacho inconsciente, había decidido que esperaría hasta que pudiera saber si había sobrevivido al viaje o no. Si no lo había hecho no habría ningún problema, estaba en el sitio idóneo para morir. Sin embargo, si había salido con vida, cosa que dudaba, le supondría un gran problema. Un humano vivo en el inframundo no tenía lugar, y las culpas recaerían sobre ella si Hades lo descubría. Por lo tanto, cuando vio que el chico había resistido, se sintió furiosa y abatida. Nunca se le habría ocurrido que eso pudiese pasar, y había pasado.

No sabía qué hacer. Quizá si hablase con Cerbero lo sacaría de allí y asunto resuelto, pero sin embargo el perro ya no le debía nada, y probablemente la delataría. Estaba sola en eso, como lo había estado desde el principio, pero ahora tenía otro problema que añadir a su larga lista.

Además, por si todo no fuera lo suficientemente confuso, pensaba que conocía a ese chico de algo, y eso implicaba que no sería capaz de abandonarlo a su suerte. Sí, estaba dando la espalda a toda la humanidad, pero aquello era distinto. No podría soportar mirar a los ojos de un adolescente y decirle que iba a dejarlo ahí tirado para poder ella ser feliz.

Un cúmulo de ideas la atormentaban, y mientras tanto el chico la miraba fijamente, como si fuera una obra de arte y estuviera intentando entenderla. Eso era lo que faltaba, que el chaval fuera un rarito.

Fue entonces cuando el chico tomó la iniciativa y habló.

-Tú eres la chica de mis sueños- se limitó a decir.

A Meletea se le subieron todos los colores y empezó a tartamudear como una boba.

Acto seguido el chico se puso rojo como ella.

-Quería decir que tú eras la chica que apareció en mi sueño, la de la jaula- aclaró apresuradamente, mientras su colorada cara se iba volviendo de un color cada vez más intenso-. Y me gustaría saber dónde estamos, qué es todo esto y de paso quién eres- añadió-. No suelen pasarme cosas así habitualmente.

Meletea no sabía qué hacer. Podría decirle la verdad. Él la creería, lo sabía, pero eso implicaba destapar algo que llevaba oculto miles de años. Sin embargo no tenía nada que perder, así que decidió contarle todo a aquel extraño muchacho al que, aunque odiaba con todo su ser, había cogido cierta simpatía que no entendía.

Empezó diciendo quién era, y siguió así hasta que llegó a la parte en la que él aparecía y lo estropeaba todo.

## APOLO

A Apolo todo aquello le sonaba a cuento chino. Sin embargo había algo que le decía que podría ser cierto. Además creía haber oído hablar de algo así alguna vez, pero no recordaba ni cuándo ni dónde.

Si realmente estaba en el Hades, se podía dar por muerto. Y aquello que le contaba la chica de su huida le resultaba un tanto perverso. Abandonar a la humanidad a su suerte para ser libre. Todo le recordaba a aquel sueño. Ella quería ser libre pero había algo que se lo impedía. Por fin lo entendía, y le causaba una tremenda congoja.

La chica decía que se llamaba Meletea y que era la musa del conocimiento. Todo parecía sacado de una de aquellas profecías que tanto le gustaban.

¡Claro, pensó, la profecía de la musa que quería huir! Ahora sabía por qué le sonaba tanto esa historia. La había leído hacía tiempo, en la librería de los amigos de su madre.

-Ya sé quién eres- le dijo a la muchacha-, eres Meletea, hija de Gea y Urano y musa del conocimiento, la primera de las tres musas mayores. He leído sobre ti. Apareces en una profecía que habla de tu huida.

-Impresionante, no pensaba que un chico tan joven sabría tanto acerca del mundo olímpico- le contestó-. Ahora ya conoces mis planes, y comprenderás que para mí supones un lastre. Yo quiero llegar a los campos Elíseos, sin embargo tú no tienes lugar allí ya que estás vivo. Para serte sincera, no tengo la menor idea de qué hacer contigo. Podría abandonarte aquí, pero algo me impide hacerlo. Por otra parte, sé que no puedo llevarte conmigo, así que estoy en un atolladero.

-Pues vuelve- le contestó Apolo-, no nos abandones a todos. Dependemos de ti. Sí, se te ha utilizado durante mucho tiempo, pero ¿acaso no contemplas orgullosa tu obra? Todo el arte que se ha creado gracias a ti: los millones de libros publicados, los edificios construidos, las grandes piezas de música compuestas y un largo etcétera. Todo gracias a tu ayuda durante años y años. Puede que los humanos no hayamos sido todo lo agradecidos que hubiéramos tenido que ser, pero somos así, orgullosos. Nos gusta pensar que somos el centro del mundo, que somos la especie más inteligente que existe. Pero en el fondo somos como cualquier otro animal, necesitamos que alguien nos cuide y nos proteja. Que seamos unos ególatras no implica que nos podamos valer por nosotros mismos. Y por supuesto, como toda regla, esta tiene su excepción. No toda la gente es así. Hay personas maravillosas en este mundo, pero el problema es que hay muchas más que se creen los reyes del Universo, de modo que parece que esas personas que se escapan de lo que hace el resto no existan. Pero eso no es así. Recuerda, siempre habrá gente agradecida que sepa que en el fondo alguien les está ayudando. Pero claro, esto te lo dice un muchacho de dieciséis años que no sabe absolutamente nada de la vida. Sin embargo, aquí tengo algo que quizá ilustre lo que te estoy diciendo. No es gran cosa. Lo hice en el Cerámico, antes de que toda esta locura empezara. Eres tú. Como te he dicho apareciste en uno de mis sueños, y por alguna razón te acabé dibujando, así que estás en tu derecho de tenerlo. Ahora ya no te puedo decir nada más. Tú debes decidir qué hacer. Por supuesto no te voy a impedir que actúes libremente, así que ahora es tu turno.

## MELETEA

Ese chico realmente le había impresionado. Y aquel dibujo que le había dado le causaba una serie de emociones que no sabía describir.

Y por si eso no fuera suficiente, sus palabras le habían llegado hasta lo más profundo de su ser. Ahora se sentía la musa más miserable del mundo. El tal Apolo, como había dicho que se llamaba, en parte llevaba razón en lo que había dicho. Debería estar orgullosa de todo lo que se había hecho gracias a ella, y en parte, los humanos no tenían la culpa de no agradecerle las cosas. Nadie sabía que ella existía. Sólo aquel chico.

Definitivamente tenía un gran dilema que resolver.

Podía seguir su camino hacia los campos Elíseos y sentirse culpable el resto de la eternidad por lo que había hecho o volver para seguir amparando a gente como Apolo durante mucho más tiempo.

Sabía qué tenía que hacer, pero le daba rabia dar aquel paso. Necesitaba algo que la empujara a volver. No quería pasarse otra eternidad haciendo lo mismo que hasta ahora había hecho. Le hacía falta un cambio, por pequeño que fuese.

-Está bien- le dijo a Apolo-, volveré. Me has hecho comprender que de alguna manera todo lo que en la tierra se ha logrado ha sido gracias a mí, pero sin embargo necesito algo. Algo que me motive a seguir adelante. No es fácil pasarse toda la vida yendo de aquí para allá sin obtener nada, ni un triste agradecimiento.

-Te comprendo Meletea- se apresuró el chico a contestarle-, sé que la tuya no es una tarea fácil. Soy un chaval, no puedo darte gran cosa. Supongo que esto no te servirá, pero puedes venir a verme cuando quieras. Probablemente no te será

demasiado difícil entrar en mi casa siendo que has conseguido entrar en el Hades. Y si te apetece, podría retratarte. El sueño de todo adolescente es pintar a un personaje de la mitología griega. O eso creo.

Las palabras de ese chico enternecieron a Meletea. Su debilidad era la gente tan inocente como Apolo. Personas nobles de corazón que se esfuerzan por ayudar a los demás aunque no tengan nada con lo que hacerlo.

-Tus palabras son propias de un héroe, muchacho. Con lo que has dicho me has hecho darme cuenta de que no soy tan desgraciada como pensaba. Allá fuera hay toda una obra mía que no me he parado a apreciar ni un instante, porque estaba más ocupada amargándome a mí misma pensando que mi existencia era inútil y que sólo había sido creada para servir a los demás, pero puede que la relación que tenga con los humanos sea de cooperación. De manera que sí, Apolo, tomo tu palabra. A partir de ahora te haré visitas esporádicas. Hay algo en ti que me ha llamado la atención, y harás más amena mi existencia. Ahora démonos prisa, tenemos que abandonar el Hades antes de que acabe el día o Cerbero no nos dejará salir.

## APOLO

De la huida del inframundo no recordaba gran cosa. Sabía que tuvieron que correr y que consiguieron escapar por los pelos, pero todo era una nube borrosa en su mente.

Había despertado a la mañana siguiente en su casa y su madre no había nombrado nada acerca de su desaparición el día anterior, así que decepcionado supuso que todo aquello había sido un sueño, y que su imaginación se la había vuelto a jugar. Sin embargo encontró en su habitación el dibujo que había hecho. Por detrás había algo escrito con una cuidada caligrafía.

“No olvido tu promesa.”

El mensaje era claro. Todo había sido real y la musa no se iba a olvidar de él.

Nunca se había sentido tan feliz como en ese momento.

Todo con lo que había soñado se había cumplido y además se había convertido en el héroe que quería ser. Sonaba propio de un cuento, pero era real.

Y así, en ese estado de felicidad, salió a toda prisa de su casa para hacer otra visita al Cerámico, que a partir de ahora sería su lugar favorito.

De este modo, Apolo fue recibiendo las visitas de Meletea, como ella había prometido y poco a poco entablaron una pintoresca amistad que en un futuro sería digna de ser escrita.



## EPÍLOGO

Así fue cómo una musa cansada de su vida recuperó las ganas para vivirla con la ayuda de un joven muchacho que ahora, gracias a su inspiración, ha podido contar, aunque de forma limitada, lo que una vez ocurrió. Pido perdón si he omitido algún detalle importante pero, como he dicho, he hecho lo que he podido dentro de mis limitaciones. Además a ello se añade que el paso de los años ha borrado detalles de mi mente, por lo que lo narrado no es más que un mero esbozo de lo realmente sucedido. Sin embargo, la esencia del relato ha permanecido: tenemos que dejar de creernos dioses cuando somos débiles. No somos los dueños del mundo, y si no lo respetamos, puede que él nos deje de respetar a nosotros.

Pero claro, eso es sólo lo que pensaba un muchacho de dieciséis años.